

Esta historia trata de un pobre abuelo llamado Manuel que vivía en un pueblo de la sierra y era granjero; tenía muchísimos alimentos que le aportaba el ganado para dar de comer a su nieto de 11 años que había sido criado por él ya que sus padres fallecieron en un accidente de tráfico.

El nieto, Miguel, siempre pasaba el rato esquilando a las ovejas, alimentando a los pollitos, limpiando a las vacas, lavando a los caballos y muchísimas cosas más solo con el fin de ayudar a su abuelo.



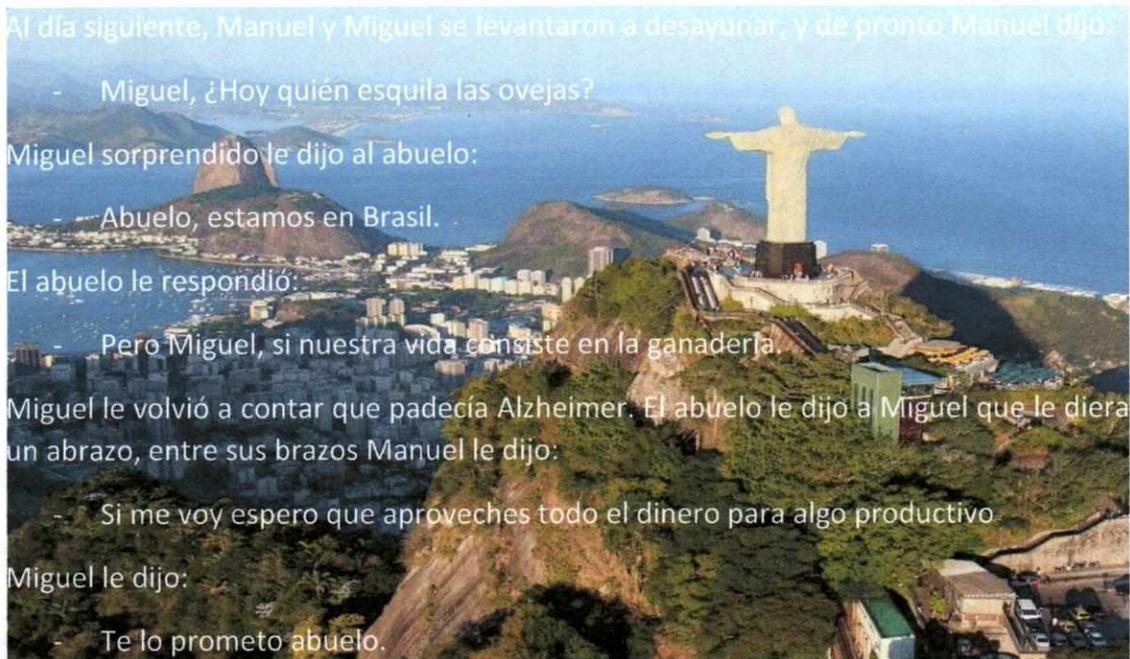
Un día, por la noche, mientras Manuel dormía en su antigua casa, Miguel estaba en la ventana de la habitación de al lado mirando a las estrellas mientras recordaba aquel trágico accidente donde fue el único que se salvó. Lo intentaba olvidar, pero no podía; estaba muy angustioso, recordó que el abuelo iba a estar

siempre a su lado, Miguel empezó a olvidar ese hecho y se fue a la cama. Antes de dormirse escuchó un extraño aullido. Eran dos lobos que se aproximaban al rebaño de Manuel, a él se le olvidó poner vallas alrededor del rebaño, entonces, Miguel empezó a pensar que era muy difícil que se olvidara de una cosa tan obvia. Miguel despertó al perro que cuidaba al rebaño para asustar a los lobos los lobos se fueron, pero se llevaron a la única oveja negra del rebaño, la favorita de Manuel. Al día siguiente Manuel fue a dar de comer a las ovejas, y ni se dio cuenta de que su oveja favorita ya no estaba. Miguel súper preocupado concluyó que su abuelo tenía Alzheimer. En ese momento Miguel hizo todo lo posible para que no se olvidara de los pocos días que le quedaba de vida. Y en ese momento, es cuando Miguel junto con su abuelo, empezaron a vender todo el ganado, su terreno y su casa para mudarse a una ciudad en la que pudieran disfrutar de la playa, vivieran en una gran casa y en vez de tener un carro de caballos, tuviera un bonito coche.

Fueron caminando por el campo que los separaba de la ciudad. Estuvieron hablando de lo sucedido los días anteriores, pero Manuel pensó que su nieto estaba loco; porque él no se había dado cuenta de nada, entonces Miguel le confesó que padecía de Alzheimer. Su abuelo no le dio mucha importancia, ya que su nieto al tener 11 años, se podría imaginar cualquier cosa que se puede imaginar un niño. Miguel y Manuel se adentraron en la ciudad más cercana, Salamanca.

Una vez allí, se quedaron boquiabiertos de lo sorprendidos que estaban al ver por primera vez en su vida una ciudad. La gente se burlaba de ellos porque no sabían lo que era un edificio, ni un cartel, ni un taxi, ni las tiendas etc.

Preguntando a gente llegaron a su destino, el aeropuerto de Matacán. Viajaron a Brasil con parte del dinero que consiguieron vendiendo su ganado, sus tierras y su casa. No llevaron maleta su única ropa es la que llevaban puesta, pero allí se compraron muchísima más, otra casa, un coche, y se acabaron adaptando a la vida y el lenguaje de allí. Sus vidas tomaron un cambio radical. Todos los días iban a la playa, todos los días iban a pasear por el centro de la ciudad (Río de Janeiro), todos los días daban vueltas en el coche y alguna que otra vez iban a ver partidos al estadio más grande del mundo, El Maracaná. También iban al pequeño monte donde se encontraba el Cristo del Concorvado.



El abuelo se fue y Miguel con una sonrisa en la cara recordó todos los momentos buenos con él y siempre le llevó en el corazón.

Miguel decidió volver al campo, y allí decidió vivir el resto de su vida; en la casa en la que se crio.

Fin.